

Entrevista de Miguel Ángel Náter a José Alcántara Almánzar

Especial para RETORNO

MAN: ¿Qué género literario prefiere a la hora de escribir?

JAA: Todo depende de lo que pretenda comunicar. Hasta ahora son tres los campos en los que me he desempeñado: el ensayo, la crítica literaria y el cuento. Estudié sociología y recuerdo que comencé publicando artículos históricos en la antigua revista *Ahora* en 1970, cuando aún cursaba la carrera. Después, a partir de 1973, empezaron a salir mis libros de cuentos, de los que se han hecho varias antologías, tanto en Santo Domingo como en Puerto Rico, y la crítica literaria desde la perspectiva de la sociología de la literatura a lo Lucien Goldman (1913-1970), de la que mi libro *Estudios de poesía dominicana* (1979) constituye, probablemente, una muestra válida, aunque después he intentado escapar del corsé académico para escribir ensayos críticos más libres, más literarios.

MAN: ¿Cómo definiría ese género?

JAA: El ensayo es ideal para exponer y discutir ideas, sin agotar el tema, sin llegar a una conclusión definitiva, así lo comprendieron grandes ensayistas de la talla de Miguel de Unamuno (1864-1936) y José Ortega y Gasset (1883-1955), dos prosistas que he leído con mucho provecho. La crítica, para analizar obras, períodos y movimientos literarios, tratando de extraer sus aportes esenciales; a veces, si está hecha por un creador, puede ser iluminadora, como ocurre con Octavio Paz (1914-1998) o Marguerite Yourcenar (1903-1987). El cuento nos sumerge en el mundo de la imaginación y es, de los tres, el más difícil para mí, el más exigente y arriesgado, pero el único con el que un creador puede esbozar un fiel retrato de sí mismo.

MAN: ¿Tiene alguna utilidad para la sociedad en que vivimos?

JAA: La literatura, como sabemos, no tiene ninguna utilidad práctica, pero más que la historia o la sociología es la única que puede revelarnos los asuntos medulares de la humanidad; la única que puede ir a la esencia de los seres y las cosas; la única, en fin, que nos permite conocer y conocernos y, por qué no, transformarnos. ¿Se puede pedir más?

MAN: Ente sus escritos, ¿cuál le parece mejor y por qué?

JAA: Más de una vez he dicho que no me corresponde evaluar mi propia obra, pues un autor, cualquiera que sea, no es el más apropiado para establecer las fortalezas y debilidades de sus propios escritos y decir cuál considera que es mejor. A lo sumo, lo que puede es hablar de sus predilecciones, lo que le gusta más; pero encariñarse con lo que uno ha escrito es terrible y también constituye el camino más cómodo para alimentar la vanidad personal.

MAN: ¿Qué piensa de la literatura más reciente escrita en su país?

JAA: En mi país se publica muchísimo, aunque hay que decir que no todo lo que circula es oro de buena ley, pues bastantes libros son francamente decepcionantes, algo que no es privativo de la República Dominicana, ocurre en todas partes. Pero de todos modos, varios libros me dejaron una buena impresión cuando los leí; menciono dos: *Lenguaje del mar*, con el que José Mármol (1960) ganó el XII Premio Casa de América en 2012; y *Autobiografía en el agua*, obra que le valió a Soledad Álvarez el Premio Anual de Poesía en Santo Domingo en 2016.

MAN: ¿Qué escritores de su país le apasionan? Explique sus razones.

JAA: Son varios, entre fallecidos y vivos, pero mencionaré solo tres que para mí constituyen verdaderos paradigmas de las letras dominicanas: un ensayista, un narrador y un poeta.

El primero sería Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), de quien dije en una Antología mínima de su obra, publicada en 2004, que fue un maestro de generaciones de intelectuales, sobre todo en México y Ar-

gentina, países donde vivió, enseñó y escribió algunas de sus obras fundamentales, dejando una estela bienhechora de su magisterio; un filólogo y ensayista que tenía un conocimiento profundo de la literatura universal; un intelectual amante de la libertad y la justicia como principios fundamentales del ser humano y apasionado defensor de la educación en tanto ente transformador del espíritu; con una aguda ironía para presentar contrastes y establecer las diferencias entre figuras mayores y menores de las letras en cualquier sociedad y época. Escribía una prosa impecable que aun hoy deslumbra por su elegancia y fluidez, libre de afectaciones de estilo y ajena a la grandilocuencia, como lo prueban sus *Horas de estudio* (1910), *En la orilla. Mi España* (1922), y *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), para solo mencionar tres. Por eso su escritura muy pronto llegó a convertirse en modelo para el ensayo y la crítica literaria entre sus coetáneos y una lección permanente para las generaciones venideras.

En segundo término, Juan Bosch (1909-2001), maestro del cuento hispanoamericano cuya obra, reunida por la editorial Alfaguara bajo el título de *Cuentos más que completos* (2001), con prólogo del escritor nicaragüense Sergio Ramírez (1942), me ha acompañado desde que era un adolescente, la cual he leído y estudiado con atención en busca de los misterios de ese difícil género. En «Juan Bosch o la creación perdurable», ensayo contenido en mi libro *La aventura interior* (1997), escribí que su narrativa breve se caracteriza por su dimensión continental, el carácter ejemplar de su prosa y la maestría en el dominio de un género de grandes exigencias técnicas y formales, cuya dificultad mayor, lejos de ser la concisión, estriba en los mecanismos interiores que le dan vida ante los ojos del lector, por lo que a menudo se la ha comparado con el soneto, su homólogo en el campo de la poesía. Bosch crea sus cuentos de tal modo que nos encadena a ellos, sin darnos tregua ni respiro posible hasta el final. Siempre he admirado en él esa maestría para ir a la esencia de las cosas y al corazón de los seres humanos, y extraer de ellos los rasgos que puedan conmovernos, cambiando nuestra perspectiva de la realidad.

Por último, Manuel Rueda (1921-1999), esencialmente músico y poe-

ta, a quien podemos considerar como un artista del Renacimiento en el siglo veinte dominicano, por la amplitud de miras y el alcance de su obra, su rigor y su riqueza conceptual, la cual incluye teatro –fue un renovador de la escena con *La trinitaria blanca* (1957)–, el folklore –*Adivinanzas dominicanas* (1970) sigue siendo un libro de referencia sobre el tema–, narrativa –*Bienvenida y la noche* (1994) no ha sido superada como crónica novelada–, ensayo, crítica literaria y musical, entre otros. Fue compositor apreciado y primer pianista de su generación, con interpretaciones memorables en el Palacio de Bellas Artes y el Teatro Nacional. En los últimos veinte años de su vida realizó una extraordinaria labor como gestor cultural desde las páginas del suplemento «Isla Abierta» y la Fundación Corripio; su hegemonía en nuestro medio fue indiscutible y se prolongó por casi medio siglo, hasta su muerte. Rueda escribió una obra proteica e indispensable a partir de *Las noches* (1949), el cuaderno de sonetos que publicó cuando perfeccionaba sus estudios de piano en Chile, hasta *Las metamorfosis de Makandal* (1998) en el ocaso de su vida, una de las cumbres de la poesía dominicana de cualquier época, con la que culminó su trayectoria literaria.

MAN: ¿Qué escritores extranjeros le apasionan? Explique sus razones.

JAA: Son muchos, pero escojo tres:

Julio Cortázar (1914-1982), maestro indiscutible del cuento hispanoamericano, autor de una decena de libros de cuentos con los que maravilló al mundo literario latinoamericano y demostró con creces que con frecuencia, desde lejos –en su caso París–, un autor puede llegar mejor al corazón de su pueblo. Sus cuentos son únicos, por encima incluso de sus novelas, salvo *Rayuela* (1963), una obra que revolucionó el concepto tradicional del arte de novelar. En ellos exhibe, sobre todo en los primeros, que son mis predilectos (*Bestiario*, 1951, *Final de juego*, 1956 y *Las armas secretas*, 1959), un dominio absoluto de la técnica y un manejo del lenguaje que desdeña las fórmulas al uso, y constituyen microcosmos abiertos y fascinantes que he leído y releído con pasión desde mi juventud.

Octavio Paz (1914-1998), que si fue grande como poeta, con una obra que transformó la poesía hispanoamericana y española del siglo veinte, con una serie de libros que encabezan la modernidad continental, fue también grande en el ensayo y la crítica literaria, autor de libros iluminadores, a partir de *El laberinto de la soledad* (1950). No hubo zona que no explorase este poeta y pensador, un mexicano universal cuya obra conjunta de caracteriza por su autoridad intelectual, la hondura de su pensamiento y las decisivas contribuciones a la clarificación de los problemas de nuestro tiempo. En su vasta obra hay libros, como *El arco y la lira* (1956), *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* (1982) o *Tiempo nublado* (1983), que modificaron mi manera de pensar sobre asuntos históricos y literarios trascendentales. Con él he aprendido más que con cientos de tratados y manuales de sociología y de crítica literaria.

Marguerite Yourcenar (1903-1987), que con una sola obra, *Memorias de Adriano* (1951) se sitúa entre los novelistas egregios del siglo veinte, no solo por la perfección formal de esta obra maestra, sino por la capacidad de recrear el mundo cultural antiguo de Grecia y Roma, y la lucidez para convertir temas eternos –el amor, la muerte, el poder político– en asuntos de palpitante actualidad. Sus *Cuentos orientales* (1938) me deslumbraron cuando los leí, por su belleza estética y su inventiva; su *Opus nigrum* (1968) me pareció un hermoso alegato contra la intolerancia de cualquier tipo a través de la elaboración ficticia de la vida y muerte de Zenón, un médico alquimista del siglo XVI. Como ensayista, la considero una de las voces más brillantes de la literatura francesa contemporánea.

MAN: ¿Qué piensa de los cursos y grados universitarios de “Escritura creativa”?

JAA: Me parecen convenientes y provechosos, sobre todo en una época de tanta desorientación como la nuestra, sin que los considere una especie de panacea, o «fábricas de escritores». Antes se creía que «el escritor nace, no se hace», una creencia hoy en desuso. Pero así como un pintor con escuela se diferencia de un autodidacta por el resultado de su trabajo artístico, y un músico egresado de un con-

servatorio respetable posee mejores instrumentos que un «músico de oídas», asimismo un aspirante a escritor, o un escritor en ciernes pueden encontrar en los cursos y grados de escritura creativa «herramientas» teóricas y técnicas apropiadas que les ayuden a canalizar sus inquietudes literarias. Obviamente, sin vocación creadora auténtica, sin trabajo concentrado, sin verdadero talento, no hay entrenamiento que valga.

MAN: ¿Qué piensa de la idea de escribir sin leer?

JAA: Es fatal, no hay duda, y los resultados suelen ser desastrosos, porque la astucia ni los trucos se pueden sustituir la formación –autodidacta o académica– de un escritor. En mi país, conozco casos de escritores de gran potencial que han estropeado sus creaciones porque les falta esa zapata indispensable que da la buena lectura, un proceso que debe comenzar bien temprano en la vida de un autor y continuar a lo largo de su existencia, sin ningún tipo de pausa o final. El escritor que lee poco, o no lee nada –porque los hay–, se delata en lo que escribe, a través de su ignorancia, su escaso manejo del idioma, sus vacilaciones, sus torpezas, su inconciencia, y lo más triste es que algunos ni se enteran. La lectura es un alimento esencial; así lo entendió un creador de la estatura de Jorge Luis Borges, que fue un lector insaciable, cuando dijo con ironía: «Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído.»

MAN: ¿Qué opina de la crítica literaria actual y de los críticos literarios periodísticos?

JAA: La crítica literaria brilla por su ausencia en nuestro país, por lo menos a nivel de divulgación general, por las razones expuestas. En los periódicos, los textos que se publican, salvo honrosas excepciones, son comentarios, reseñas, crónicas de actividades, no siempre a cargo de críticos idóneos.

MAN: ¿En qué medida la prensa de su país aporta al desarrollo de la literatura? ¿Tiene alguna recomendación que hacer a la prensa en relación con las obras literarias?

JAA: Que yo sepa, la prensa de mi país no aporta nada al desarrollo

de la literatura nacional, pese a que hay tres matutinos de gran formato, tres diarios de circulación gratuita y un tabloide vespertino. Son en total siete periódicos cotidianos de gran demanda colectiva, aunque debo admitir que dos de ellos mantienen todavía lo que podemos considerar «suplementos culturales». Para hacerse una idea del panorama dominicano, diré que a principios de este siglo desaparecieron las únicas dos revistas de circulación nacional que existían, «Ahora» y «Rumbo», así como los mejores suplementos literarios de los principales matutinos: «Auditorium», «Artes y Letras» y «Ventana» del «Listín Diario»; «Isla Abierta» de «Hoy»; «Coloquio» de «El Siglo», y «Pasiones» de «El Caribe», bajo el increíble pero contundente pretexto de que no eran rentables, porque no generaban publicidad comercial que los sostuviera. Hoy día exceptúo dos revistas importantes: «País Cultural» del Ministerio de Cultura, y «Global», de la Fundación Global. En cambio, han prosperado muchísimo las revistas dedicadas al turismo, al mercadeo de productos y la promoción de la clase empresarial, algunas con presentaciones de lujo francamente envidiables. Creo que los medios de comunicación entre nosotros se manejan con un criterio de rentabilidad económica en el que está ausente la necesidad de respaldo a la difusión cultural, artística y literaria en todas sus manifestaciones, por encima de los beneficios monetarios que puedan reportar. Siempre me he quejado de que las noticias deportivas, la presencia de la farándula, el entretenimiento de las élites sociales y el sensacionalismo de la prensa amarilla tengan mayor acogida que cualquier otro asunto en las páginas de los periódicos dominicanos, pero no es de extrañar, porque vivimos, para citar a Mario Vargas Llosa, en «la civilización del espectáculo».

Mi recomendación a la prensa local es utópica, pero me encantaría pensar que se reabrirán o crearán nuevos espacios para la difusión de las artes y las letras en los periódicos, y que incluso retornará la aparición de obras maestras de la literatura en ediciones de bolsillo, como aquellas «Joyas del Milenio» que auspició durante unos años el Grupo León Jimenes y que salían cada martes en «El Siglo».

MAN: ¿Qué consejos podría ofrecer a quienes quieren escribir?

JAA: Que lean siempre, sin medida ni descanso, de modo organizado o aleatorio, un libro a la vez o varios simultáneamente, no importa. Es la primera tarea para alguien que desea escribir, pues sin la base y los buenos ejemplos de los maestros jamás podremos edificar algo perdurable, y nada hay tan penoso como un escritor huérfano de buenas lecturas: autores y libros clásicos, antiguos y modernos, obras de los coetáneos, libros de poesía, cuentos, novelas, historia, filosofía, lingüística, en fin, lo que más sintonice con los gustos y aspiraciones del escritor en agraz.

7 de febrero de 2017